

ENSAYO

TRABAJO Y PROPIEDAD

ALGUNAS REFLEXIONES DESPUÉS DEL COMUNISMO*

Carlos Miranda

Este ensayo ofrece un análisis de las causas de la caída del comunismo a la luz del marco teórico que proporciona la noción de "naturaleza humana". Con este propósito, en primer lugar, se reseña la concepción del hombre sustentada por Marx, especialmente en sus primeros escritos, y se discute el papel que éste asigna a la propiedad en los asuntos humanos. A continuación se expone la posición de Locke y su teoría acerca del origen de la propiedad privada.

Con las perspectivas de Marx y Locke a la vista, se analiza entonces la crisis terminal del comunismo soviético, concluyéndose que ella ilustra empíricamente los errores de Marx acerca de la naturaleza humana, a la vez que reafirma las concepciones de Locke. En efecto, se señala, dicha crisis tuvo como detonante el anquilosamiento de la economía, lo cual puede explicarse, en buena medida, por la ausencia de incentivos

CARLOS E. MIRANDA. Licenciado en Filosofía y Magister en Estudios Internacionales, Universidad de Chile; M. A. en Ciencia Política, Georgetown University. Profesor Titular e Investigador de Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile. De sus publicaciones cabe mencionar *La idea del contrato social en la tradición inglesa* (Serie Economía. Universidad de Chile, (1987). Entre sus trabajos más recientes publicados en *Estudios Públicos* están "El fin de la URSS: La *glasnost* y sus efectos", "Selección de escritos políticos de John Locke" y "Rousseau y su influencia en la configuración de las ideas socialistas", en los números 48, 44 y 38 respectivamente.

* Este trabajo forma parte de los resultados del Proyecto de Investigación N° 92-1024, patrocinado por Fondecyt.

Estudios Públicos, 52 (primavera 1993).

materiales que caracterizó al sistema soviético y lo condujo a una crónica ineficiencia productiva y administrativa que corroyó sus cimientos y terminó destruyéndolo.

I. LA CAÍDA DEL COMUNISMO

El colapso de los regímenes comunistas que imperaron en la antigua Unión Soviética y en Europa Oriental ha provocado múltiples consecuencias en los más diversos ámbitos. En sí mismo ha sido un acontecimiento —o más precisamente una cadena de acontecimientos— de la mayor importancia política, pero sus implicaciones, debido a las propias características totalizantes de esos regímenes, abarcan un amplio espectro de manifestaciones sociales. Parafraseando la imagen utilizada por Marx en el *Manifiesto Comunista* para referirse a una situación casi enteramente opuesta a la presente en cuanto a su orientación, podríamos decir que todo lo que parecía sólido se ha desvanecido en el aire.

Imprevistamente, y en un breve lapso, se han suscitado profundos cambios sociales, políticos, geoestratégicos, económicos, intelectuales, ideológicos y de todo tipo. En forma paralela, y debido precisamente al mismo carácter multifacético de esos cambios, diversas ciencias sociales han procurado, desde sus perspectivas específicas, analizar y explicar lo sucedido, sus causas y sus efectos. Pero en el desarrollo de estos intentos analíticos ha sido frecuente tener que enfrentar la necesidad metodológica de someter a revisión numerosos conceptos y enfoques teóricos que parecen haber perdido su capacidad explicativa.

Es así como, por ejemplo y para mencionar sólo uno de los debates en curso, viejas teorías filosóficas y politológicas de larga tradición acerca de un tema tan fundamental en la esfera política como es el del poder, han sido puestas en tela de juicio porque hoy parecen insuficientes para dar cuenta de un fenómeno sin precedentes históricos. Porque quizás el rasgo más sorprendente de los mencionados cambios, que sin duda alcanzan dimensiones revolucionarias, es que ellos se han producido de una manera cualitativamente diferente a la requerida por las grandes revoluciones del pasado. La actual ha sido casi por completo una revolución pacífica, incruenta, en la que el tradicional recurso a la violencia, al uso de la fuerza, ha estado prácticamente ausente, tanto en el plano interno de los Estados que han derrocado a los gobiernos comunistas como en el plano internacional, en el que una de las dos mayores potencias del sistema se ha desvanecido de pronto en cuanto tal,

autoeliminándose, y no como resultado de una derrota en un enfrentamiento bélico. Las consecuentes alteraciones experimentadas en la distribución del poder mundial sin la mediación de una guerra han inducido a muchos estudiosos de la política internacional a adoptar una actitud de cuestionamiento de las tradicionales teorías acerca del poder y, en particular, acerca de la vigencia de los factores militares como los ingredientes más esenciales del mismo.¹

El debate acerca del poder es tan sólo uno de los muchos que, acerca de temas filosóficamente claves, ha desatado la crisis del comunismo. Esta ha forzado a emprender un reexamen crítico de las doctrinas de Marx y Engels; de los postulados teóricos y prácticos acuñados por Lenin —que probablemente han sido los más severamente afectados por los sucesos recientes—; de la vigencia y viabilidad de las ideas socialistas en general; del debilitamiento del rol de integración y cohesión social de las ideologías y aun de su posibilidad de sobrevivencia tras el fracaso práctico de la más fuerte de ellas durante el presente siglo, y también, por cierto, del liberalismo, cuyos principios y valores, tan a menudo vilipendiados en los medios intelectuales, parecen tender en la actualidad a imponerse casi sin contrapesos en el mundo entero. Ya hay quienes han pronosticado el advenimiento de un hegeliano "Estado homogéneo universal", estructurado de acuerdo a las propuestas de un modelo liberal.²

El generalizado desconcierto provocado por la abrupta caída de los "socialismos reales" ha originado, tanto en sus antiguos partidarios como en sus adversarios, fuertes reacciones, habitualmente más pasionales que racionales. En los primeros, sentimientos de derrota y desamparo ante la pérdida de ideales en los que se creyó y por los cuales se luchó, y que ahora yacen destruidos, sepultados bajo la lápida del fracaso y del desencanto ante lo que hoy parece sólo un conjunto de falsas e infundadas ilusiones. En los otros, sentimientos de entusiasmo y autoafirmación tras la muerte de los ideales

¹ Este debate ha generado una ya abundante literatura. De especial interés son los artículos de Joseph S. Nye, "The Changing Nature of World Power", *Political Science Quarterly*, 105:2, 1990, y "What New World Order?", *Foreign Affairs*, 71:2, 1992. Véase también: Charles Krauthammer, "The Unipolar Moment", *Foreign Affairs*, 70:1, 1991; William Pfaff, "Redefining World Power", *Foreign Affairs*, 70:1, 1991; Ted Galen Carpenter, "The New World Disorder", *Foreign Policy*, N° 84, 1991; Robert Jervis, "The Future of World Politics", *International Security*, 16:3, 1991-92; Theodore C. Sorensen, "Rethinking National Security", *Foreign Affairs*, 69:3, 1990; Richard Rosecrance, "A New Concert of Powers", *Foreign Affairs*, 71:2, 1992.

² Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (Buenos Aires: Ed. Planeta, 1992). La idea ya se encontraba planteada en su debatido artículo "¿El fin de la Historia?", *Estudios Públicos*, 37, verano 1990, pp. 5-31.

socialistas y el consecuente triunfo, que creen definitivo, de sus propios ideales. Ambas actitudes —y especialmente la de estos últimos que peca de elemental falta de prudencia— parecen estar basadas en el olvido de las reiteradas lecciones de la historia que enseñan que en los asuntos humanos en general, y en los políticos en particular, nunca ha habido nada definitivo.

Frente a este panorama de desalientos y de euforias, yo quisiera proponer una perspectiva más básica para el análisis de los problemas enunciados. Creo que estudiarlos a partir de una nueva reflexión acerca de la vieja noción de la naturaleza humana puede arrojar más de alguna luz sobre las causas profundas que precipitaron la presente crisis, ya que, como intentaré mostrar en la sección siguiente, existe una íntima vinculación, perceptible en el pensamiento de numerosos filósofos políticos, entre la concepción antropológica que sustentan y los proyectos de ordenamiento social que proponen.

La determinación de los rasgos naturales esenciales del hombre es un asunto de la mayor importancia conceptual en el terreno de la filosofía, ya que cualquier error al respecto se infiltrará en la elaboración de la correspondiente teoría política; pero, lo que es más grave, en la medida en que tal teoría pueda llegar a convertirse en inspiradora de un proyecto de acción efectiva, sus implicaciones prácticas pueden afectar decisivamente las vidas de miles o millones de seres humanos.

II. LA NATURALEZA HUMANA: ALGUNAS OBSERVACIONES PREVIAS

El concepto de naturaleza humana involucra una serie de dificultades. La primera y principal de ellas, desde luego, consiste en que hay filósofos que rechazan el concepto mismo, es decir, simplemente niegan la existencia de una naturaleza común a todos los hombres. Para esta clase de filósofos, su postulación no corresponde más que a supuestos metafísicos que, según algunos de ellos, pretenden ocultar obscuras intencionalidades ideológicas. Las evidentes desigualdades que existen entre los hombres serían prueba suficiente de la ausencia de rasgos generales unificadores y uniformantes entre ellos. Sin embargo, hasta donde estoy informado, ninguno de los postuladores del concepto de naturaleza humana ha incurrido en la ingenua o tosca simplificación de concebirla como una igualdad absoluta compartida por todos los hombres. La noción sólo se refiere a una serie de características generales que, en diferentes grados, posee la gran mayoría de los hombres.

La segunda dificultad que presenta la noción de naturaleza humana es el inmenso abanico de caracterizaciones de ella que han sido propuestas a lo

largo del tiempo por los diversos filósofos que, explícita o implícitamente, han aceptado su realidad. A este respecto, se plantea una curiosa paradoja: la búsqueda del establecimiento de determinaciones comunes ofrece como resultado una diversidad de proposiciones no siempre conciliables entre sí. El punto es importante debido a sus implicaciones políticas.

En efecto, el hombre es el objeto central de la política y, por lo tanto, un ingrediente primordial en la elaboración de toda teoría política es precisamente la concepción de la naturaleza del hombre de la que se parte. Así, por ejemplo, un filósofo como Hobbes, que concibe a los hombres como seres agresivos y egoístas, susceptibles de dejarse dominar por sus pasiones y apetitos, propondrá el establecimiento de un orden social rígido y restrictivo, con una fuerte autoridad dotada del poder suficiente como para "mantener a raya" a los hombres con el fin de impedir que éstos se destruyan mutuamente. Otros filósofos, del tipo de Rousseau y sus herederos, que consideran a los hombres como seres de una naturaleza maleable, propondrán ambiciosos proyectos de ingeniería social tendientes a mejorar la condición humana. Por el contrario, pensadores como Hayek, por ejemplo, que creen que la maleabilidad humana es limitada, formularán propuestas de ordenamiento social que sólo impliquen modestas y graduales modificaciones respecto del siempre imperfecto e insatisfactorio orden existente.

En suma, el concepto de naturaleza humana es un elemento clave en la formulación de toda teoría política. Pero los aciertos o los errores conceptuales al respecto tienen repercusiones prácticas de la mayor relevancia en cuanto pueden afectar la vida de seres humanos, cuyo destino, naturalmente libre e indeterminado, algunos han pretendido orientar de acuerdo a concepciones teóricas diversas, no pocas de las cuales no han representado sino extravagantes sueños de pensadores apartados de la realidad y desconocedores de la verdadera naturaleza de los hombres, plena de defectos e insuficiencias, pero que constituye el "dato" primario e ineludible de cualquier proyecto de reforma social efectivo.

También es posible encontrar en la concepción de la naturaleza humana el fundamento de teorías revolucionarias que rechazan el orden vigente y el sistema de ideas y creencias sobre el que aquél se sustenta, y proponen una ruptura radical contra todo lo establecido. Un claro ejemplo de una postura de este tipo es el que ofrece Marx.

II. MARX Y SU CONCEPTO DEL HOMBRE

Según Marx, el hombre se halla enajenado, fuera de sí mismo, incapacitado de expresar sus potencialidades creativas en su actividad productiva, en

el trabajo que se ve forzado a realizar para cubrir sus necesidades materiales, debido a las exigencias impuestas a lo largo de la historia por los dueños de los medios de producción prevalecientes en cada época. Esto significa, en la terminología empleada por Marx, especialmente en sus primeros escritos, que en las condiciones de su existencia real el hombre ha perdido su esencia, cuyos principales rasgos son la creatividad y la sociabilidad. La separación entre esencia y existencia se incrementa aún más bajo el sistema de producción capitalista debido a que la competencia que este sistema fomenta demanda una creciente especialización de los trabajadores, quienes por esta razón se ven impedidos de manifestar su creatividad en toda su amplitud y, a la vez, son forzados a anular su sociabilidad. Por estas razones, de orden metafísico, Marx llega al convencimiento de que el capitalismo necesariamente implica el máximo grado de agudización de la enajenación humana, es decir, es el sistema más "antinatural", el más contrario a la manifestación de la naturaleza del hombre, según él la concibe. Consecuente con este diagnóstico, un objetivo central de la revolución que él propugna será, entonces, establecer las condiciones que posibiliten al hombre la recuperación de su esencia.

Por cierto, en su preconización de la revolución, Marx utiliza varios argumentos elaborados desde diferentes perspectivas. Especial mención merece el lugar central que en la fundamentación filosófica de la revolución comunista ocupa el tratamiento del tema de la propiedad. En la visión de Marx, la propiedad es el eje y la causa de la división de la sociedad en clases antagónicas e irreconciliables y, por lo tanto, de la lucha de clases y de las revoluciones que han constituido el motor de la historia. Pero las revoluciones del pasado, si bien han logrado cambiar las formas de producción y, con ello, también los medios de producción prevalecientes en cada etapa de la historia, no han conseguido poner término a la lucha de clases porque se han limitado a cambiar de manos la propiedad. Dicho de otra manera, las clases dominantes en cada época ejercen su dominio en cuanto son propietarias de los principales medios de producción. En la medida en que éstos cambian, también lo hacen las clases dominantes. Pero las grandes masas carentes de propiedad han sido y continúan siendo dominadas y explotadas. La revolución comunista aspira a ser la última y definitiva revolución, porque tiene por objetivo la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Sólo de esta manera, pensaba Marx, podría terminar la división en clases de la sociedad y, por consiguiente, la lucha entre las clases.

Así, pues, Marx asigna a la propiedad una papel importantísimo, si bien negativo, en el desenvolvimiento histórico. Según su enfoque, la propiedad ha sido la principal causa de los antagonismos entre los hombres y aun de la enajenación en la que éstos deben desarrollar su existencia. Teniendo a la vista

las reseñadas premisas, se puede comprender la insistencia con la que Marx predica que la propiedad debe ser eliminada. Sin embargo, es bastante menos comprensible, considerando precisamente la importancia que le atribuye en sus análisis de la historia, que parezca que él ni siquiera se haya planteado alguna vez la pregunta acerca de si la propiedad puede ser eliminada.

Es claro que, para Marx, el anhelo de propiedad no es una característica constitutiva de la esencia humana. Muchos otros pensadores subscriben esta posición, y quizás algunos de ellos hayan logrado sustentarla de manera consistente con sus premisas. No es éste, sin embargo, el caso de Marx, ya que en el contexto de su pensamiento no sólo aparece como un postulado gratuito e infundado, sino que contradice su visión de la experiencia histórica, en la cual, como él mismo sostiene, las luchas por la propiedad han sido las fuentes de las revoluciones que, a su vez, han sido el motor de la historia. Pero las grandes revoluciones han costado la vida a millones de hombres, y sólo han podido estallar cuando muchos más han estado dispuestos a arriesgar su vida para cambiar el orden establecido, cuyos cimientos, en último término, están conformados por las formas de producción que, a su vez, expresan relaciones de propiedad. Pues bien, si de acuerdo a las premisas de Marx aquí esbozadas, la propiedad ha tenido la capacidad de suscitar efectos de tal magnitud, si ha habido tantos hombres que se han jugado la vida por ella, tendríamos que concluir que la propiedad es tan esencial al hombre como la vida misma. En términos más moderados que éstos —que son los que, a mi entender, se desprenderían lógicamente de las premisas de Marx—, digamos que el sentido de la propiedad es inherente al hombre en su calidad de persona, y por lo tanto, es un ingrediente esencial de la naturaleza humana.

La breve revisión precedente de algunas de las ideas de Marx muestra con bastante claridad que, independientemente de las evaluaciones que cada cual pueda formular acerca de los aciertos o errores de su teoría, el proyecto revolucionario que él preconiza se apoya, en significativa medida, en su particular concepción de la naturaleza humana. En ella ha sido posible detectar al menos una omisión grave, consistente en ignorar el "sentido de propiedad" que parece existir en los hombres. La relevancia política de esta omisión se hará patente en la sección V de este trabajo, donde analizaremos con cierta detención la etapa final del comunismo soviético.

Pero antes de realizar ese análisis creo conveniente revisar otra teoría importante acerca de la propiedad que, contrariamente a la de Marx, le asigna a la propiedad un papel de la mayor relevancia como elemento constitutivo de la naturaleza humana. Tal teoría es la que proporciona el filósofo inglés John Locke.

IV. LA TEORÍA DE LA PROPIEDAD DE LOCKE

En el capítulo V del *Segundo Tratado sobre el Gobierno*,³ Locke presenta una teoría acerca del origen de la propiedad que es admirable por su sencillez, su elocuencia, su racionalidad y, en fin, su poder explicativo y fundamentador. Esta teoría se construye a partir de la hipótesis de un estado de naturaleza, recurso argumental a través del cual se pretende determinar cómo son naturalmente los hombres, es decir, cuáles son sus características esenciales puras, excluyendo aquellos rasgos conductuales que son producto de la vida social, tales como convenciones culturales y normas legales y morales. Para lograr esta definición, se describen las supuestas condiciones de vida y el probable comportamiento de los hombres en un medio en que no existen las regulaciones que impone la vida social, es decir, en un momento imaginariamente anterior a la constitución de la sociedad política o sociedad civil, como prefería llamarla Locke para destacar el amplio campo de actividades que los hombres pueden realizar libremente al margen de la incumbencia del Estado.

La versión lockeana del estado natural originario es coincidente con el relato bíblico acerca del Paraíso. Dios ha puesto la naturaleza y todo lo que ella en abundancia contiene a disposición de todos los hombres en común para que éstos puedan satisfacer sus necesidades de sustento y bienestar. Los hombres han sido creados como seres precarios; es decir, para sobrevivir requieren ciertas condiciones de alimentación, de abrigo, de morada, cuyo logro deben procurarse por sí mismos. Pero también los hombres han sido creados dotados de razón y capacidad de trabajo. La utilización de estos atributos aplicados a la extracción de bienes de la naturaleza, posibilita la superación de las carencias humanas y la armoniosa supervivencia de los hombres, ya que los bienes provistos por el medio natural son suficientes para todos.

El primer problema que se plantea en este cuadro paradisíaco es el siguiente: ¿cómo puede un hombre determinado tomar posesión particular de alguno de esos bienes que necesita para su sustento, pero que pertenece en común a la humanidad entera? Dios dio a todos los hombres el mundo, y también "les dio la razón para que hagan uso de ella de la manera más ventajosa y conveniente para la vida" (Secc. 26). Todos los frutos de la tierra y los animales que en ella habitan han sido producidos "por la mano espontánea de la naturaleza". Nadie tiene, por lo tanto, derecho a ejercer dominio particu-

³ Las referencias a esta obra están tomadas de mi "Selección de escritos políticos de John Locke", *Estudios Públicos*, 44 (primavera 1991), pp. 313-349.

lar sobre alguno de ellos, ya que tal dominio sería excluyeme del que pudieren ejercer los demás hombres. Sin embargo, en tanto permanecen en su estado natural de propiedad común, los bienes son inútiles, es decir, no cumplen la finalidad principal para la cual fueron creados, que consiste ante todo en servir para la subsistencia humana. Por lo tanto, reflexiona Locke, puesto que esos bienes han sido puestos a disposición de los hombres y que éstos los requieren para su sustento, "por necesidad tendrá que haber algún medio de apropiárselos, a fin de que cualquier hombre en particular pueda llegar a servirse o extraer algún provecho de ellos" (Secc. 26).

Podría parecer que estas palabras no son sino el preámbulo de la fase central del argumento que Locke va a desarrollar a continuación. Sin embargo, en la frase citada yace implícita una consideración básica que se convertirá en el verdadero fundamento de la legitimidad de la propiedad privada. El punto al que estoy apuntando es el siguiente: aunque, como hasta aquí lo hemos hecho, podemos referirnos en términos generales a las necesidades humanas porque éstas son similares en todos los individuos, dichas necesidades son experimentadas o padecidas en forma particular por cada uno. Y como la manera de satisfacer esas necesidades particulares es mediante el consumo de ciertos bienes singulares, necesariamente cada individuo requiere tomar posesión de ellos en forma también particular. En suma, puesto que las necesidades humanas son naturales, también debe ser natural el medio de satisfacerlas; y puesto que aquéllas son sufridas por individuos, su satisfacción también debe ser individual.

Y así, aunque todo lo que la Tierra contiene es de propiedad común de todos los hombres, hay algo sobre lo que cada hombre tiene naturalmente un derecho exclusivo. En palabras de Locke: "cada hombre tiene la propiedad de su propia persona" (Secc. 27).

En este punto conviene precisar que el concepto lockeano de propiedad involucra tres elementos, referidos siempre al individuo propietario de ellos: la vida, la libertad y los bienes. Por su parte, el concepto de persona que aquí está manejando Locke se desprende de su noción de propiedad y es de gran simplicidad. Sólo incluye los dos primeros ingredientes de la propiedad: el cuerpo, la realidad física del hombre; y un atributo moral, la libertad. No obstante, el concepto es funcional para el desarrollo de su argumento, cuyo objetivo es demostrar que la propiedad privada constituye un derecho natural —al igual que la vida y la libertad— y que, por lo tanto, es parte del ser del hombre en cuanto persona.

Cada persona tiene, pues, la propiedad de su vida y de su libertad. Las acciones que una persona ejecuta, esto es, lo que una persona hace con estas "propiedades" exclusivamente suyas, es lo que llamamos trabajo. El trabajo,

por lo tanto, pertenece a la persona que lo realiza; es parte suya, porque es la acción de sus otras partes. Pero si el trabajo es propiedad de la persona, también ha de serlo el producto de ese trabajo. De este modo, los bienes obtenidos mediante el trabajo se incorporan a la propiedad de la persona.

En efecto, continúa Locke, el esfuerzo físico que libremente un hombre realiza es algo genuinamente suyo. La aplicación de este esfuerzo particular a la extracción de un objeto determinado que la naturaleza ha puesto a disposición común de todos los hombres, agrega a ese objeto algo que pertenece de modo exclusivo a quien realizó tal esfuerzo, lo que otorga a éste el derecho de separar dicho objeto de la propiedad común en que naturalmente se encontraba, y convertirlo en propiedad privada únicamente suya, excluyéndolo de esta manera del derecho común de los demás, de los que no han realizado un esfuerzo semejante.

El esfuerzo es, en la concepción de Locke, "propiedad indiscutible del trabajador", esto es, de quien hace el esfuerzo; por lo tanto, agrega, "nadie sino él puede tener derecho sobre aquello a lo que le ha incorporado su trabajo" (Secc. 27). El trabajo es, pues, de acuerdo con el argumento, el fundamento de la legitimación moral de la propiedad privada, en cuanto es el eslabón entre la persona y los bienes de los que ésta se apropia con su esfuerzo particular.

Adicionalmente, Locke refuerza la dimensión moral de su teoría al estipular dos limitaciones al derecho de apropiación basado en el esfuerzo personal del trabajador. La primera consiste en dejar "suficiente cantidad, y de igual calidad, para el uso de los demás". Esta limitación se fundamenta en la igualdad de naturaleza de los hombres, postulada por el filósofo. Dicha igualdad se refiere tanto a las facultades como a las necesidades humanas. Unas y otras son similares en todos los hombres. Pero si son mis necesidades naturales las que fundamentan y legitiman mi derecho a tomar posesión privada de ciertos bienes que extraigo de la propiedad común, entonces debo cuidar de dejar lo suficiente para que los demás puedan satisfacer sus propias necesidades que, por ser similares a las mías, les otorgan similar derecho. Además, es preciso considerar que, dada la abundancia de bienes que provee la naturaleza, no habría razón para que el acatamiento de esta limitación generase dificultades o conflictos.

La segunda limitación a la apropiación se refiere al efectivo aprovechamiento de lo que la naturaleza ha puesto generosamente a nuestra disposición. Es decir, yo estoy autorizado a tomar posesión sólo de la cantidad de bienes que efectivamente podré utilizar antes de que se echen a perder. Dios entregó bienes en abundancia a los hombres no para que éstos los malgasten, sino para que, mediante su trabajo, los empleen con provecho para su vida. Pero, ade-

más, carece de sentido que yo me esfuerce en tomar frutos o en cazar animales más allá de mis necesidades de sustento, ya que se pudrirán en mis manos sin que yo ni nadie obtenga de ello beneficio alguno.

Ambas limitaciones, que confieren un fundamento moral al derecho de apropiación privada de bienes, se basan, según podemos apreciar, en consideraciones enteramente racionales. El trabajo, que supone la realización de un esfuerzo, tiene siempre una finalidad utilitaria que es a la vez su justificación moral y racional: la satisfacción de una necesidad, la búsqueda de un beneficio o una recompensa, el evitar un daño o un castigo. Ninguno de estos objetivos se cumple en las situaciones antes descritas; por lo tanto, no es racional un esfuerzo de apropiación en tales condiciones.

En cuanto a la propiedad de la tierra, Locke piensa que también existe un criterio natural que determina los límites del derecho a su apropiación. El criterio es, en este caso, la capacidad de trabajo de los hombres. En efecto, así como nadie se esfuerza por cazar más animales o tomar más frutos que los que podrá consumir antes de que se echen a perder, del mismo modo nadie tomará posesión de una extensión de tierra mayor que la que puede labrar, plantar y cultivar.

En suma, según Locke, existen límites naturales aplicables tanto a la apropiación de bienes como a la apropiación de tierras. Dentro de esos límites, sin embargo, los hombres tienen el derecho natural a adueñarse de ciertas porciones de la naturaleza para satisfacer sus necesidades de sustento y bienestar.

Pero fue Dios quien nos creó con esas necesidades. Por lo tanto, Dios nos ordena trabajar. Y como al trabajar nos apropiamos con pleno derecho de aquello sobre lo que hemos aplicado nuestro esfuerzo, podemos concluir, como sugiere Locke, que la apropiación privada de la tierra y de sus bienes corresponde a una especie de mandato divino. O, dicho de otra manera, es el orden natural de las cosas el que lleva a la propiedad privada, con lo que ésta adquiere el rango de derecho natural.

Locke recapitula su argumento con las siguientes palabras:

Dios les dio a los hombres el mundo en común; sin embargo, puesto que se los dio para su beneficio y para que extrajesen del mismo el mayor provecho posible para su vida, no cabe suponer que Dios pensase que el mundo debía quedar para siempre como una propiedad en común. Dios lo dio para que el hombre laborioso y racional se sirviese del mismo (y su trabajo le conferiría el título de propiedad) [...]. De ahí que la labranza o el cultivo de la tierra y la adquisición del derecho de propiedad de la misma van unidas entre sí. La primera da el título a la otra. De modo que Dios, al ordenar el cultivo de la

tierra, da, a la vez, la autorización para adueñarse de la cultivada. Y la condición humana, que exige trabajar y materiales con qué hacerlo, necesariamente conduce a la propiedad privada (Seccs. 34 - 35).

La extensión de la cita creo que se justifica debido a que en ella se encuentra el pasaje clave del argumento lockeano que apunta a demostrar el rango de derecho natural de la propiedad privada. Macpherson ha calificado esta teoría como "la asombrosa hazaña de Locke".⁴ Probablemente lo sea. La teoría proporciona una explicación plausible y racional acerca del origen de la propiedad privada y de su legitimidad moral. Esta ha sido recurrentemente cuestionada debido a que la propiedad parece ser la principal fuente de la desigualdad entre los hombres. Es preciso, entonces, examinar con mayor detención la hipótesis explicativa de Locke al respecto.

Hemos visto de qué manera los hombres fueron gradualmente tomando posesión privada de porciones de la naturaleza. En la medida en que actuaron ciñéndose a las limitaciones expuestas antes, no surgieron conflictos entre ellos y tampoco se alteró el estado natural de equilibrio y abundancia. Esta armónica situación no cambió cuando algún hombre tomó, por ejemplo, más manzanas que las que él mismo podía consumir para intercambiarlas por naranjas que, a su vez, algún otro también había tomado en exceso. Estos intercambios permitían una alimentación más variada y, por lo tanto, proporcionaban un mayor bienestar a sus protagonistas. Por otra parte, no perjudicaban a nadie, en la medida en que las frutas eran efectivamente consumidas.

Sin embargo, podemos imaginar que cuando alguien, procediendo de la misma manera que los anteriores, y con su misma intención de lograr un mayor bienestar, se apropió más allá de sus propias necesidades de un bien del tipo de las nueces, por ejemplo, probablemente no tardó en darse cuenta de que éstas duraban más sin descomponerse que las manzanas y las naranjas, y que, por lo tanto, acumular la mayor cantidad posible de aquéllas lo colocaba en una mejor posición para negociar intercambios futuros.

Este ejemplo tan simple muestra con suficiente claridad que la misma racionalidad que imponía limitaciones a la apropiación y que aconsejaba no esforzarse en acumular bienes perecibles, sugiere, en cambio, la conveniencia del esfuerzo orientado a la obtención de bienes durables, respecto de los cuales ya no es posible fijar límites. Y lo mismo ocurrió, contra lo que Locke pensaba, con la tierra, ya que ésta pertenece a la categoría de los bienes durables.

⁴ C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism* (Oxford, Oxford: University Press, 1962), p. 199 [traducción española: *La teoría política del individualismo posesivo* (Barcelona: Ed. Fontanella, 1970, p. 173)].

Y entonces comenzaron a operar ciertas leyes elementales de la economía. La acumulación excesiva de ciertos bienes generó su escasez, lo cual hizo aumentar su valor, y esta mayor valoración, suscitó, a su vez, nuevos estímulos para la acumulación. De esta manera se quebró el equilibrio natural, ya que algunos bienes dejaron de ser abundantes. Por otra parte, comenzó así a gestarse una creciente desigualdad entre los hombres, debido a que no todos tuvieron las mismas aptitudes o dedicación al trabajo, única fuente de legitimidad de la propiedad privada, de acuerdo al argumento lockeano.

El proceso descrito se hizo irreversible con la invención del dinero, bien duradero por excelencia, que los hombres, por mutuo acuerdo, aceptan a cambio de cualquier otro bien. Debido a estas características, el dinero llegará a ser una nueva forma de propiedad, la más fluida, en cuanto facilita a su poseedor la adquisición de lo que requiera para su sustento y bienestar. Por esta razón, su acumulación puede ser ilimitada.

En este punto, se plantea una insalvable ambigüedad en la teoría de Locke, atribuible no tanto a una deficiencia en la elaboración de su argumento por parte del filósofo, cuanto a una característica inherente a la naturaleza humana. Locke señala reiteradamente que la razón que legitima la propiedad privada es la satisfacción de las necesidades que los hombres padecen. Pero las necesidades son de dos tipos o grados diferentes. Hay un primer nivel, el de la subsistencia, en el cual los bienes requeridos —cierta cantidad de alimentos, bebidas y abrigo— son más o menos comunes a todos los hombres, y no sería demasiado difícil determinar con cierta precisión lo que cada uno necesita. En cambio, en el segundo nivel, el del bienestar, es imposible determinar un límite a los requerimientos humanos, ya que la noción que cada hombre tiene acerca de su bienestar depende de su particular condición social, económica y cultural.

A pesar de esta ambigüedad, es incuestionable que ningún hombre puede satisfacerse meramente con subsistir, y que forma parte de la naturaleza de todos aspirar a cierto grado de bienestar. La mejor manera de no coartar esta aspiración natural es la que se desprende de la más general enseñanza de Locke: permitir a cada hombre el más pleno ejercicio de su libertad, para que así cada cual, mediante su esfuerzo, su trabajo, pueda acceder al bienestar que desea, cuyo nivel nadie está autorizado a determinar para otros, sino que sólo debe depender de las capacidades individuales de cada uno.

El anhelo de prosperidad y bienestar ha tenido un efecto social y económico de gran importancia, ya que ha constituido un permanente estímulo a la libre iniciativa y creatividad humanas. El progreso científico y tecnológico puede explicarse en buena medida a partir de esta aspiración natural de los hombres a mejorar las condiciones de sus vidas.

Pero, por otro lado, una, al parecer, inevitable consecuencia práctica de la libertad preconizada por Locke es la generación de una siempre creciente desigualdad económica y social. Contra ella se levantan las propuestas socialistas, que suelen incluir ambiciosos planes de ingeniería social tendientes a extirpar los rasgos "negativos" de la naturaleza humana que atentan contra sus ideales igualitarios. Sin duda, el mayor de los proyectos inspirados en este tipo de principios fue el que se intentó llevar a cabo en la hoy desaparecida Unión Soviética.

V. LA CRISIS TERMINAL DEL COMUNISMO SOVIÉTICO

Aunque actualmente hay ciertos sectores interesados en minimizar el efectivo grado de influencia que las ideas de Marx tuvieron en el modelo de "socialismo real" que imperó en la Unión Soviética durante todo el período que duró su existencia como Estado, nadie se ha atrevido a negar su paternidad en ciertas materias claves de dicho modelo. Y entre ellas, por cierto, está la condena de la propiedad privada.

En lo que sigue, trataré de mostrar que el enfoque de Marx acerca de la propiedad, aceptado por sus seguidores e impuesto como ley sagrada en la Unión Soviética y en los países que cayeron dentro de la órbita de su dominio imperial, constituyó un error fatal y contribuyó decisivamente al descalabro del sistema.

Al señalar lo anterior, no estoy adoptando una posición reduccionista para explicar un fenómeno en extremo complejo. Tal simplificación sería no sólo ingenua sino hasta absurda. Lo que pretendo es destacar la importancia práctica de un error conceptual. Para ello, concentraré mi análisis en el tema de la propiedad dentro del marco teórico proporcionado por la noción de naturaleza humana ya esbozada en las secciones precedentes. No desconozco, pues, que el problema indicado, no obstante su importancia, es tan sólo uno, entre muchos otros, de los factores que precipitaron el derrumbe del comunismo.

Por cierto, una crisis de la magnitud de la que afectó a la antigua Unión Soviética y que condujo a la desintegración de su imperio y a su propia disolución como Estado, necesariamente tiene que haber obedecido a múltiples causas. Por esta razón, como señala Kolakowski, es un vano esfuerzo intentar buscar la causa principal o el factor más decisivo de la catástrofe.⁵ Por otra parte, el mismo carácter totalizador del sistema que allí imperaba, y que

⁵Leszek Kolakowski, "Amidst Moving Ruins", *Daedalus*, 121:2, 1992, p. 49.

fue determinante para su férrea mantención durante décadas, hacía que los más diversos aspectos de la sociedad estuvieran interconectados entre sí en una compleja malla de relaciones. La existencia de esta interconexión múltiple explica el rápido derrumbe integral del sistema. En efecto, una vez desatada la crisis, ésta se propagó de manera vertiginosa a través de todas las intrincadas ramificaciones del sistema, afectándolo en su integridad.

La crisis fue global. Todo lo que durante tanto tiempo había parecido funcionar de manera adecuada mostró de pronto la precariedad de sus cimientos. En la alucinante sucesión de revelaciones y denuncias posibilitadas por la *glasnost*, fueron haciéndose manifiestas y conocidas las irreparables fallas estructurales del edificio de apariencia tan sólida.

La impresión de que en la crisis soviética virtualmente todos los componentes del sistema fallaron casi al mismo tiempo es compartida, en general, por quienes han estudiado el fenómeno y han reflexionado acerca de él. Sin embargo, la mayoría de éstos también concuerda en que el detonante de la crisis fue el factor económico. En efecto, la percepción del virtual estancamiento a que había llegado en este campo el sistema soviético habría sido el factor determinante que impulsó la decisión de Mijaíl Gorbachov y los nuevos líderes que accedieron al poder en 1985, de introducir el programa de amplias y profundas reformas que sería conocido con el nombre de *perestroika*.

La *perestroika* se estructuró a partir del crudo diagnóstico de las nuevas autoridades acerca del grave deterioro general de la economía que afectaba al país. Especialmente notorio y preocupante era lo que se observaba en el rubro de la innovación científica y desarrollo tecnológico. Pero en realidad era el sistema productivo en su integridad el que había perdido casi todo vestigio de dinamismo y eficiencia durante los largos años del gobierno de Brezhnev. La nueva cúpula en el poder no dudó en achacar a ese período la génesis de los males que padecía la sociedad y que explicaban la situación de inferioridad en que se encontraba la Unión Soviética frente a sus competidores occidentales. Ahora ya era indesmentible que la brecha que separaba a ésta de sus rivales capitalistas se había ensanchado de manera peligrosa para la seguridad y el prestigio internacional del país.

Por otra parte, y debido a la misma ineficiencia productiva, las crecientes demandas de mayor bienestar material de la población permanecían insatisfechas, constituyendo una fuente de malestar social y de distanciamiento respecto de las proclamas y propuestas del Partido y del gobierno, que eran miradas cada vez con mayor escepticismo y desencanto. La falta de incentivos concretos fomentaba una actitud de apatía generalizada, la cual se manifestaba, por ejemplo, en inaceptables índices de ausentismo laboral, alcoholismo y otros, que incidían en la decreciente productividad.

Conviene subrayar en este punto que la ausencia de incentivos no era simplemente la consecuencia de un incorrecto enfoque administrativo de carácter circunstancial, atribuible a los errores de un líder particular, sino que constituía la derivación práctica de un principio estructural propio de la naturaleza misma del sistema, expresado en la consigna que resume la meta final del comunismo: "De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades". Los afanes igualitaristas del régimen habían puesto el acento en la segunda cláusula, con resultados materiales bastante precarios, olvidando que su logro pleno dependía del cumplimiento de la primera. Marx veía ambos objetivos como la culminación de la fase superior de la sociedad comunista, cuando hubiera desaparecido "la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo", cuando, como consecuencia del "desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva". Sólo entonces, indicaba Marx, la sociedad podría escribir en su bandera la consigna citada.⁶

Importa destacar que, aun en medio de su delirante retórica, Marx condicionaba la implantación de su utopía al logro previo de una serie de objetivos, ninguno de los cuales fue alcanzado, ni de lejos, por los regímenes comunistas "reales". La abolición de la propiedad privada de los medios de producción no tuvo el efecto infundadamente previsto por Marx de eliminar la división del trabajo y la especialización enajenante para el trabajador; éste continuó bajo el sistema de producción socialista tanto o más "enajenado" que como lo está en el sistema capitalista —esto es, sin acceso ni control sobre el producto de su trabajo— y, por lo tanto, de acuerdo a las mismas premisas de Marx, sin posibilidad de desarrollarse y desplegar a plenitud sus potencialidades propiamente humanas. Por cierto, tampoco corrieron los soñados "manantiales de riqueza colectiva", ya que para haberlos producido se requería crear un "hombre nuevo", el hombre socialista, y el sistema sólo logró generar el "homo sovieticus", expresión acuñada por Alexander Zinoviev para designar al sumiso, resignado, indiferente, reglamentado y poco productivo ciudadano soviético, un hombre que esperaba poco del sistema, pero que recíprocamente tampoco estaba dispuesto a entregar mucho; un ser, en todo caso, más acorde con la visión liberal de la naturaleza humana, según la cual el hombre desarrolla su iniciativa personal, su creatividad y productividad, a partir de ciertos estímulos y en vista del cumplimiento de ciertos objetivos.

En efecto, la finalidad de todas las acciones humanas es la búsqueda de algún bien, la satisfacción de algún interés. Los hombres se mueven tanto por

⁶ Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha* (Moscú: Ed. Progreso, s. d), p. 15.

las más sublimes causas espirituales como por los más bajos objetivos materiales, y por toda la extensa gama de fines existente entre ambos extremos. En otras palabras, el motor de la actividad humana está constituido principalmente por estímulos o incentivos, cualquiera sea su clase o su contenido. Y aunque este principio es válido en todas las esferas, sus efectos son especialmente notorios en el ámbito de la economía.

Por cierto, enfoques de este tipo jamás fueron aceptados en la Unión Soviética. Más aún, se los despreció y descalificó con el recurrente y oprobioso anatema de "burgueses". La retórica agresiva y la incansable prédica ideológica lograron durante muchos años ocultar o disimular los hechos. Pero, en definitiva, esos recursos formales resultaron fatales, ya que la realidad era muy diferente a las proclamas oficiales. La realidad no era el "hombre nuevo" soñado por Marx, dispuesto a entregar a la colectividad sus mejores capacidades, sino el "homo sovieticus", quien, por carecer de incentivos, sólo estaba dispuesto a entregar el mínimo de sus capacidades. El resultado práctico de este proceso era la crónica y cada vez más profunda ineficiencia del sistema.

De este modo, la propia evolución del régimen comunista había desatado un proceso autodestructivo, en cuanto todos sus elementos conducían de manera inevitable a que se retroalimentara negativamente. Debido a su ineficiencia, el sistema no había sido capaz de generar estímulos eficaces a los trabajadores para que éstos se esforzaran en aumentar su propia eficiencia personal. A su vez, la generalización de la ineficiencia individual era la causa principal de la decadencia económica del sistema. Se había establecido así un fatídico círculo vicioso conducente al desastre.

Era urgente, pues, romper o interrumpir esa espiral perniciosa e insuflar un renovado dinamismo a la economía, mejorar la productividad, elevar la eficiencia. Estas eran las metas que Gorbachov se propuso alcanzar a través de su programa de la *perestroika*.

A mi juicio, el diagnóstico de la situación formulado por Gorbachov fue correcto, y también lo fue el planteamiento de los objetivos que era necesario lograr para superar dicha situación. El problema inmediato que ahora había que resolver era el de diseñar una estrategia global que posibilitara el logro efectivo de las metas propuestas. ¿Qué hacer? ¿Cómo revertir el corrosivo proceso de gradual pero persistente anquilosamiento que infectaba a la totalidad de la estructura productiva?

Fue en este momento —el momento en que hubo que pasar del diagnóstico de la enfermedad a la prescripción del remedio— cuando quedó definitivamente planteado lo que, a mi juicio, es el punto clave de todo el proceso que conduciría de manera inexorable a la extinción del comunismo en la Unión Soviética. Ello ocurrió así porque la primera vía de solución que se

diseño fue ubicada en un terreno diferente al económico, lo que tuvo como consecuencia poner de manifiesto la imbricación existente entre este sector y los demás. Si ése había fallado, ¿podían considerarse sanos los otros? ¿Acaso no cabía entender la postración económica sino como la consecuencia de una sumatoria de variadas deficiencias de orden no sólo material, sino también psicológico y moral? Con planteamientos de este tipo fue como se comenzó a producir la apertura de las compuertas de lo económico hacia campos relacionados, lo que significó introducir en el sistema una especie de virus que finalmente lo corroería en su integridad.

Quizás esta fatal evolución era inevitable desde el momento que la ingeniería social empleada para construir dicho sistema se apoyaba sobre bases inadecuadas que, por esta razón, estaban condenadas a desmoronarse. Considero injusto, por lo tanto, culpar exclusivamente a Gorbachov por haber provocado lo que, de una u otra manera, en ese momento o no mucho después, debía suceder.

Gorbachov percibió, con acierto, que las causas de la decreciente productividad no había que buscarlas sólo en las características inherentes al modo específico de producción comunista, sino que ellas eran mucho más profundas y comprometían las raíces mismas de la cosmovisión socialista, esto es, del socialismo globalmente considerado. Por cierto, en su retórica, Gorbachov se mantuvo fiel hasta el final en la proclamación de su adhesión a los principios del socialismo en su versión marxista-leninista, pero sus acciones políticas reales, o por lo menos sus intentos —finalmente frustrados— de introducir reformas en el sistema, implicaron en los hechos un cuestionamiento de fondo de esos principios y las herramientas de su destrucción práctica.

En efecto, como ya indiqué, el gran problema inicial que Gorbachov se propuso enfrentar fue revitalizar la estructura productiva que se encontraba sumida en la postración. Pero al emprender la tarea de renovación y desde el comienzo mismo de su accionar, Gorbachov se apartó de los cánones de la ortodoxia marxista. En el pensamiento de Marx, la economía, y especialmente las relaciones de producción, ocupan un lugar central. Los demás ámbitos de la vida social aparecen siempre subordinados a los factores económicos, que han sido, según Marx, los verdaderamente determinantes en el devenir histórico.

Estos elementales principios doctrinarios no fueron considerados en absoluto por Gorbachov en el diseño de sus políticas. Ya en sus primeras medidas pudo percibirse que en su pensamiento la economía no podía ser aislada de otras esferas de la sociedad con las cuales no sólo estaba indisolublemente relacionada, sino que incluso estaba en una relación de subordinación. Dicho de otra manera, los males detectados en la economía soviética parecían ser la consecuencia de males existentes en otras áreas. Pero adoptar

esta perspectiva significaba desplazar la economía del centro de la organización social y ubicarla en una posición de dependencia respecto de campos diferentes de la sociedad. En una palabra, era una perspectiva no-marxista,

Considero adecuado calificar como eminentemente pragmática la actitud asumida por Gorbachov para enfrentar el problema de la ineficiencia productiva. Pero ese pragmatismo pronto mostró su incompatibilidad teórica y práctica con dogmas básicos del marxismo y del leninismo. Es posible que ello haya ocurrido contra las previsiones e intenciones de Gorbachov, quien siempre sostuvo que su propósito era reformar el socialismo "dentro del socialismo"; quería revitalizarlo, no destruirlo.⁷

Pero para el análisis politológico, como ya lo enseñara Maquiavelo, lo que cuenta no son las intenciones sino los hechos. Y, en los hechos, Gorbachov fue el artífice de la destrucción del sistema soviético en su intento de salvarlo a través de una reforma imposible dentro del marco propuesto. Marco, por lo demás, que fue reiteradas veces sobrepasado por medidas concretas que fue necesario adoptar en el curso del proceso reformista.

Hasta el día de hoy se discute en círculos académicos acerca de cuáles pudieron ser las razones que tuvo a la vista Gorbachov para buscar la solución de problemas de naturaleza económica en áreas distintas a la economía. Su diagnóstico inicial fue claro y, a mi entender, acertado: la causa fundamental de la ineficiencia productiva era la falta de incentivos que ofrecía el sistema a los trabajadores. Había, pues, que generar algún nuevo tipo de estímulo para reactivar la productividad. La determinación del ámbito donde debían darse los alicientes fue crucial. Gorbachov no creyó adecuados los estímulos materiales que habría aconsejado una lógica capitalista, pero tampoco le parecieron suficientes los puramente morales que habían utilizado sus predecesores y que, como era evidente, ya no funcionaban. Se requería algo más global, algo que hiciera que cada trabajador se sintiera comprometido con el resultado de su labor.

En las condiciones entonces vigentes, tal compromiso era por completo inexistente. Cada trabajador no podía verse a sí mismo más que como una simple pieza de una gigantesca maquinaria productiva sobre la que no ejercía el menor control. Lo que él, individualmente, hiciera o dejara de hacer, no tendría ningún efecto perceptible ni en su vida personal ni en el producto final de su trabajo. Este no le pertenecía en modo alguno, y si bien ya no le era arrebatado por un ávido empresario capitalista, ahora era un Estado supuesta-

⁷ Mijaíl Gorbachov, *Perestroika: Nuevas ideas para nuestro país y el mundo* (Buenos Aires: Emecé, 1987), pp. 38 y ss.

mente impersonal el que absorbía el producto de su trabajo. En términos de Marx, diríamos que su condición de enajenación era por lo menos similar, si es que no mayor, a la que experimentan los trabajadores bajo el sistema de producción capitalista.

Ahora bien, el solo planteamiento del problema de la productividad en términos que excedían el campo de la mera economía, implicaba el reconocimiento del hombre como algo más que un "ente económico". El trabajador, por lo tanto, no era sólo un trabajador, sino también, y quizás principalmente, un ciudadano. Y entonces el concepto de ciudadano comenzó a adquirir, o a recuperar, su verdadero sentido: el de un hombre con deberes, pero también con derechos, ante el Estado.

Este insólito reconocimiento de ciertos derechos individuales tuvo dos implicaciones de la mayor importancia. En primer lugar, significó a lo menos un debilitamiento del hasta entonces indiscutido dogma de Marx acerca de la primacía absoluta de los intereses sociales sobre los individuales. En segundo lugar, y como corolario del punto anterior, mostró la disposición de la autoridad política a aceptar, por primera vez, el carácter de persona inherente al ser humano, un ser libre, con derecho a expresar sus opiniones e intereses individuales y a elegir autónomamente su propio destino.

Ahora bien, reconocer al hombre como persona implica, en términos lockeanos, reconocer su derecho de propiedad. Propiedad, por cierto, entendida en el sentido amplio que Locke le asigna al término, esto es, propiedad de la vida, de la libertad y de los bienes.

Respecto de los dos primeros ingredientes de la propiedad, su aceptación parece ser en la actualidad casi universal, si nos atenemos a manifestaciones tales como el prestigio de la democracia como régimen de gobierno y la extendida preocupación por el resguardo de los derechos humanos.

En cuanto a los alcances y limitaciones del tercer elemento lockeano de la propiedad —que es al que normalmente nos referimos cuando hablamos de propiedad privada—, ellos están aún en discusión en los diversos países que se encuentran en procesos de transición desde el comunismo. Las decisiones que al respecto se adopten serán cruciales para el futuro de esos países y el destino de sus habitantes.

VI. CONCLUSIÓN

El colapso del comunismo es el acontecimiento histórico más importante de la segunda mitad de este siglo. Tanto sus causas como sus consecuencias son múltiples. Ello se debe al propio carácter totalizante y totalitario del

sistema que, para establecerse y funcionar, generó una compleja red de interrelaciones que abarcó todos los ámbitos de la sociedad. Esta imbricación hizo posible el funcionamiento práctico del comunismo y contribuyó a que éste adquiriera una imagen de solidez y coherencia. Pero en el momento de la crisis esa misma interconexión resultó fatal y provocó el derrumbe completo del sistema.

Sin desconocer, pues, el carácter multifacético de la crisis terminal del comunismo, en el presente ensayo he orientado el foco de mi atención sobre las raíces teóricas y filosóficas que inspiraron al régimen soviético. El examen de los errores conceptuales de Marx, en particular los relativos a su visión de la naturaleza humana y al desconocimiento del papel de los incentivos personales en la eficiencia productiva, constituye una vertiente teórica, a mi juicio, no desdeñable en cuanto contribución a una mejor y más completa comprensión de los fenómenos que precipitaron la caída del comunismo.

Los hombres son seres de naturaleza imperfecta. Este es un dato imposible de soslayar. Pero también son seres perfectibles, que anhelan mejorar su condición tanto material como moral. El medio para lograr esta finalidad es el trabajo. Y como el trabajo requiere la realización de un esfuerzo personal, los hombres sólo están dispuestos a ejecutarlo con eficiencia cuando perciben que tal esfuerzo sirve para el logro de sus personales propósitos. Esta es la razón que explica la importancia de los incentivos, sean éstos materiales o morales, positivos o negativos.

El comunismo careció de un sistema de incentivos. No existían recompensas para la eficiencia productiva ni castigos para la ineficiencia. Reconocimientos puramente honoríficos del tipo de "héroe del trabajo" utilizados en tiempos de Stalin de nada servían si al mismo tiempo se desconocían, incluso a esos "héroes", los más elementales derechos civiles y de propiedad. La ausencia de estímulos sólo podía conducir al fracaso, como se ha comprobado empíricamente. Debido a las características de la naturaleza humana —bastante mejor comprendidas por Locke y otros pensadores liberales que por los de mentalidad socialista— las fantasías de Marx sólo podían funcionar en el reino de la utopía, pero no en el mundo real. □